

con dureza : mas tan pronto como sus vencedores dejaron el rigor, y les dieron un trato amigable y cordial, comenzaron á aficionarse á sus costumbres, tomaron gusto á su idolatría, y acabaron por abandonar completamente al verdadero Dios. ¡Cuántos hay entre vosotros de una virtud tan débil, que si los mundanos os acariciasen, no sabríais resistir á sus halagos y caricias, y os pervertiríais enteramente!

Nunca olvideis, cristianos, lo que hoy os he dicho sobre la guerra que los malos hacen á los que profesan virtud y piedad, á saber, que esta guerra les es muy honrosa, muy meritoria, y muy conveniente. Honrosa, porque no tiene otro motivo que el verse los malos confundidos y condenados por su conducta cristiana y edificante : meritoria, porque Dios no podrá menos que recompensarles generosamente la fidelidad con que le sirven en medio de todas las dificultades que experimentan : conveniente, porque así se libran de los peligros de perversion en que podria ponerlos el trato amigable de sus perseguidores. No olvideis tampoco aquello que Jesucristo os dice en el Evangelio : Si el mundo os aborrece, sabed que primero me aborreció á mí : y si á mí, que soy vuestro maestro, me han perseguido los hombres, es natural os persigan á vosotros, que sois mis discípulos. No los temais empero : cualquiera cosa que os digan ó hagan, no os avergonceis de confesar mi nombre ; porque al que me confesare en presencia de los hombres, yo le reconoceré delante de mi Padre celestial. Amen.

DOMINGO UNDÉCIMO DESPUES
DE PENTECOSTES.

A la primera mirada que se da al evangelio de este dia, se presentan tres textos principales que se brindan á servir de tema para otros tantos puntos morales, que son : el abuso de la lengua, las ocasiones próximas, y el arte de santificarse con poco trabajo.

Para el primero sirven aquellas palabras : Solutum est vinculum linguæ ejus, et loquebatur rectè ; y se las comenta así : « ¡ Cuán raro es, cristianos, encontrar personas á quienes se pueda aplicar en sentido moral lo que el presente evangelio « dice del mudo que curó Jesucristo, á saber, que hablaba bien ! « Loquebatur rectè. ¿ Dónde buscaréis una persona que tenga su « lengua tan ajustada, que no deslice en palabras inconvenientes ? ¿ La buscaréis en el mundo ? ¿ La buscaréis en el claustro ? ¿ La buscaréis entre la gente devota y espiritual ? Buscadla donde os agrada, responde el apóstol Santiago ; y doquiera que la encontréis, estad ciertos que os habeis encontrado con un justo, con un santo, con un dechado de perfeccion : « Si quis in verbo non offendit, hic perfectus est vir ¹. Pero « sabed, añade el mismo Apóstol, que muy difícil ha de seros « encontrarla, por mas diligencias que hagais ; porque moderar la lengua en términos de que nunca se propase, cosa es « tan difícil, que puede ponerse en el número de las imposibles : Linguam autem nullus hominum domare potest ².

¹ Jac. III, 2. — ² Ibid. 8.

«Esta sentencia de Santiago no quiere decir, que sea absolutamente imposible tener siempre la lengua dentro los justos límites, sino que es cosa que no se consigue sino con mucha dificultad, y á costa de gran cuidado y diligencia. Para enseñaros á evitar las faltas de la lengua vengo á manifestaros tres cosas : 1.^a la gran dificultad que hay en ello : 2.^a cuán necesario es procurarlo : 3.^a qué medios hay para conseguirlo.»—Ahora entra el cuerpo de la plática puesta en el Catequista orador, tomo 2.^o, pág. 212.

El punto sobre las ocasiones próximas se deduce de aquellas palabras : Et apprehendens eum de turba seorsum... y se le pone el siguiente exordio : «Saliendo el Salvador de los confines de Tiro, vino por Sidonia hácia el mar de Galilea, atravesando un país llamado Decápolis, á causa de las diez ciudades que comprendia. En esta ocasion le presentaron un hombre que era sordo y mudo, suplicándole le impusiese la mano para curarle. ¿Qué hizo el Salvador? Apartó al paciente de la turba que se habia apiñado para presenciar el milagro de su curacion, y teniéndole á solas, metió el dedo en sus oídos, tocó su lengua con saliva, y dijo : Ephpheta, que quiere decir ábrete : y al punto se abrieron sus oídos, quedó suelta y expedita su lengua, de modo que hablaba perfectamente. Una cosa llama particularmente mi atencion en esta curacion milagrosa, y es el separar Jesucristo al sordo-mudo de la multitud para curarle. ¿Habrá aquí algun misterio? Sin duda lo hay, y el misterio, en mi concepto, consiste en que con esta ceremonia quiso hacernos comprender, que no puede un pecador ser curado de sus culpas en el tribunal de la Penitencia, si primero no se aparta de las ocasiones próximas de pecar, figuradas por aquella turba. Bien sé que esta doctrina no agrada á los que viven enredados en ciertas ocasiones que no quieren cortar : bien me consta que los confesores que

«la aplican en el confesonario, y los predicadores que la enseñan en el púlpito son tratados de severos, escrupulosos y rigoristas ; pero ¿qué hacer? la verdad se ha de decir, tanto si agrada como si molesta. Si vosotros me oís sin prevencion, veréis que la doctrina que enseña que, para ser perdonado en el tribunal de la Penitencia, es indispensable quitar toda ocasion próxima de ofender gravemente á Dios, es una doctrina cierta, verdadera, incontrastable.»—Tómese en seguida la plática que hay en el tomo 1.^o del Catequista orador, pág. 342.

El tercer asunto es el que ponemos á continuacion, y señalamos con el epígrafe de

Arte de santificarse con poco trabajo.

Benè omnia fecit. (Marc. vii, 37).

Este fue el corto, pero brillante elogio que las turbas hicieron del Salvador, en vista del milagro sorprendente que refiere hoy el santo Evangelio. Arrebatadas de admiracion al ver que con solo untar con un poco de saliva la lengua de un sordo-mudo, y proferir una palabra misteriosa, hizo que al momento oyese y hablase con la mayor soltura y expedicion, exclamaron entusiasmadas : Este hombre todo lo hace bien : Benè omnia fecit. ¡Y tan bien, cristianos, como lo hizo todo!

No solo hizo bien este milagro que le mereció tan bello elogio, sino que hizo bien todas las acciones de su vida santísima, no habiendo una sola que no la ejecutase con la mayor perfeccion. De todas cuantas practicó desde el instante de su encarnacion hasta el momento de su muerte, de todas cuantas hizo en su infancia, en su adolescencia, en su juventud, y durante los tres años de su vida evangélica, no hubo una,

una sola á la que no se pudiesen aplicar estas hermosas palabras del Evangelio : *Benè omnia fecit* : todo lo hizo bien.

¡Oh! si de nosotros pudiera decirse otro tanto!... ¡Si á imitacion de nuestro amable Salvador, supiésemos santificar todas nuestras acciones!... ¡Si, como él, procurásemos todos, cada cual en su estado, hacer con perfeccion lo mismo que hacemos!... ¡Qué santos seríamos! Porque, preciso es confesarlo, si no somos santos, y santos muy grandes, no es siempre por falta de obrar bien, sino por no obrar con perfeccion aquello que ordinariamente venimos obrando. El arte de santificarse no consiste en hacer mucho, ni en hacer cosas extraordinarias, sino en hacer las acciones propias de nuestro estado de tal modo, que pueda decirse con verdad, que todas son bien hechas : *Benè omnia fecit*. Arte, como veis, bien sencillo, bien fácil, y que lleva muy poco trabajo. Mas para que lo veais mejor, vengo á manifestarlo por tres medios : 1.º probando que la santidad no consiste en lo que comunmente se piensa : 2.º haciendo ver que consiste en santificar cada uno las acciones propias de su estado ó profesion : 3.º enseñando por qué medios pueden santificarse las tales acciones.

Para demostrar que el santificarse es cosa que cuesta poco trabajo, es necesario desvanecer primero algunas preocupaciones que reinan en el mundo sobre la santidad. Unos creen que ella consiste en hacer cosas extraordinarias y admirables, como por ejemplo obrar milagros, convertir naciones enteras, y derramar la sangre en defensa de la fe : otros se persuaden que consiste en emprender diferentes especies de buenas obras, en darse á la penitencia, en rezar mucho, en practicar lo que hay de mas relevante en las máximas evangélicas : otros, en fin, se imaginan que, para ser santo y perfecto,

es necesario experimentar un fervor sensible, y hallarse siempre en un estado perenne de éxtasis, de arrobamiento y contemplacion. Nada de esto, fieles : como luego os demostraré, la santidad consiste esencialmente en desempeñar bien nuestras ocupaciones ordinarias, en hacer con perfeccion las acciones mas comunes y triviales, enderezándolo todo á la mayor gloria de Dios.

¡Y qué! me diréis : ¿no consiste la santidad en hacer cosas singulares, extraordinarias y ruidosas? No, porque si así fuese, muy pocos podrian ser santos. La ocasion de hacer cosas extraordinarias y singulares se ofrece rarísimas veces, y la santidad debe consistir en cosas que podamos hacerlas todos ; de otra suerte en vano nos diria san Pablo, que la voluntad de Dios es que todos seamos santos : *Hæc est enim voluntas Dei, sanctificatio vestra*¹. Cada uno debe hallar en su estado y profesion los medios de santificarse : sin salir de él, debe cada cual tener á la mano cuanto ha menester para adquirir la perfeccion á que Dios le llama : el jornalero debe poder hacerse santo en su trabajo, igualmente que el magistrado en el foro, el comerciante en el tráfico, el padre de familia en los cuidados domésticos, y el eclesiástico en su ministerio. ¿Y cómo podria ser esto, si para santificarse fuese necesario hacer obras extraordinarias?

¿Cuántos Santos hallaréis que no hicieron cosa alguna que brillase á los ojos del mundo, y se santificaron en las condiciones mas humildes y oscuras? Sin hablar de tantos anacoretas que se han santificado secretamente en el fondo de los desiertos, y cuyas virtudes no sabrá el mundo hasta el dia del juicio ; sin hacer mérito de tantos religiosos que llegaron á la cumbre de la perfeccion en el retiro de los claustros, sien-

¹ I Thes. iv, 3.

do, mientras vivieron, como aquellas estrellas altísimas cuya luz y resplandor no llega á nosotros ; sin hablar de la Reina de todos los Santos, María santísima, en cuya vida no se encuentra ningun hecho chocante ni estrepitoso, ¿qué me decís de nuestro Salvador Jesucristo? ¿Dudais de que él llevó una vida santísima hasta la edad de treinta años, que fue el principio de su vida evangélica? Y bien ¿qué hizo él de notable en todo este tiempo? Que fuese notable á la vista de los hombres, no hizo nada, nada absolutamente. Retirado en Nazaret con la Virgen y san José, se ocupaba en las acciones mas bajas en la apariencia : él obedecía á sus padres, él pasaba los dias en el trabajo y en la oracion, él comia, él dormia, él conversaba, él en fin llevaba una vida que nada tenia que no fuese humilde y abyecto á los ojos del mundo. Pero, como hacia en todo la voluntad de su Padre celestial, no hubo ninguna accion que no fuese objeto de sus complacencias ; de modo que él no le agradó menos durante este tiempo de su vida oculta, que en los tres años de su vida evangélica, en los que obró milagros los mas sorprendentes. Ya veis, pues, que para ser santos no es necesario hagais cosas memorables é insignes : bastan las que vuestra posicion os permite hacer, con tal que las hagais en debida forma.

Pero al menos, me diréis, tendremos que hacer muchas cosas buenas, muchos ayunos, limosnas, devociones..., etc. Os engañais : la santidad no consiste en la variedad y multitud de acciones, sino en hacer fielmente el poco bien que podemos hacer en nuestro estado. ¿Qué habian hecho aquellos criados de quienes habla Jesucristo en el Evangelio? Habian negociado fielmente los pocos talentos que les confiara su señor, el uno cinco, y el otro tres : y no obstante, por haber sido fieles en este poco, su señor les recompensó como si hubiesen hecho mucho : *Quia super pauca fuisti fidelis, super*

*multa te constituam*¹. No os desconsoléis, pues, vosotros cristianos, á quienes Dios no ha dado las gracias que ha concedido á otros ; porque con tal que sepais usar bien de las que os ha concedido, obtendréis en el cielo una corona tan hermosa como ellos. Porque, como llevo dicho, no consiste la cosa en hacer mucho, sino en hacer bien lo poco que se puede.

Pero este poco, me diréis, convendrá hacerlo con un fervor muy tierno y una devocion muy sensible : ¿no es verdad?—Ni esto, carísimos : no es el fervor sensible en lo que consiste la santidad de nuestra vida, sino en la solidez de la caridad. ¿Por ventura está en nuestro poder el experimentar siempre un tal fervor? Dios lo da, y Dios lo quita cuándo, cómo y á quién le place. Se puede ser muy santo y perfecto, y experimentar al mismo tiempo un disgusto natural en todo lo que se hace por Dios. Preguntad á los Santos si tuvieron siempre ese fervor sensible que os parece esencial á la santidad, y os dirán que hubo de todo : un tiempo sí, y otro tiempo no : á veces gran sensibilidad y ternura, á veces gran repugnancia y sequedad.

Ya, pues, que la santidad no consiste ni en hacer obras admirables, ni en practicar muchas devociones, ni en sentir una devocion sensible ; ¿en qué dirémos que consiste? Digo que consiste en hacer todas las acciones propias de nuestro estado con tres circunstancias muy sencillas, que son hacerlas en gracia de Dios, hacerlas todas por Dios, y hacerlas en el tiempo, lugar y modo que Dios quiere. Hacerlas en gracia de Dios : este es el primer fundamento, y si este fundamento falta, viene abajo todo el edificio de nuestra santidad : porque, segun el oráculo de la misma Verdad eterna, en faltándonos la gracia, ya no permanecemos en Jesucristo, ya no estamos uni-

¹ Matth. xxv, 21.

dos á él, y de consiguiente ya no podemos dar frutos de vida eterna. Así como el sarmiento, nos dice el Salvador, no puede dar fruto si no está unido á la vid; así vosotros no podeis hacer obra alguna meritoria no estando unidos á mí por gracia y por caridad: *Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso nisi manserit in vite: sic nec vos, nisi in me manseritis*¹. ¡Oh, y cuánto bien se pierde por falta de esta primera condicion!...

Hacerlas todas por Dios. Si las hacemos por otro motivo, ó por vanidad, ó por interés, ó por capricho, ó por pura costumbre, ó por respeto humano, por muy excelentes que sean en sí mismas, Dios las mira ó con indiferencia, ó con desprecio. Toda la hermosura del alma cristiana, dice el Profeta, esto es, toda la santidad de su vida, se deriva de su interior y de la intencion que la hace obrar: *Omnis gloria ejus filie regis ab intus*². Si obra por Dios, es santa, aun cuando lo que obra sea muy trivial y pequeño: si no obra por Dios, es nada, aunque haga cosas las mas admirables y portentosas: *Omnis gloria ejus filie regis ab intus*. ¡Oh, cuántas obras buenas quedan inútiles por falta de esta recta intencion!...

Hacerlas todas en el tiempo, en el lugar y del modo que Dios quiere. Si cuando Dios quiere que trabajemos, nos vamos á la oracion; si cuando es tiempo de orar, acudimos al trabajo; si todo lo revolvemos y barajamos, haciéndolo, no en el tiempo, lugar y circunstancias que Dios quiere, sino en las circunstancias, lugar y tiempo que á nosotros se nos antoja, el mayor bien pierde su mérito y su valor; porque, como enseñan los teólogos, para que una obra sea completamente buena, no basta que tenga una bondad intrínseca y esencial; sino que es necesario el concurso de todas las cir-

¹ Joan. xv, 4. — ² Psalm. XLIV, 14.

cunstancias exteriores; de modo que en faltando una, la obra queda manca é imperfecta. Bueno es el orar; pero si yo oro cuando Dios quiere que estudie, mi oracion es defectuosa, porque le falta la circunstancia del tiempo. Bueno es el corregir; pero si yo corrijo con aspereza y destemplanza, mi correccion no tiene mérito, porque le falta la circunstancia del modo. Bueno es el dar instruccion; pero si yo voy á darla en las parroquias que no son mias, olvidando la que Dios me ha encargado, mi instruccion no puede ser grata á Dios, porque le falta la circunstancia de lugar. ¡Oh, cuántas acciones virtuosas quedan sin valor por no hacerse en el tiempo, en el lugar y del modo que Dios quiere!...

Si vosotros, cristianos, os penetráseis bien de esta doctrina, tal vez deploraríais amargamente todos los años de vuestra pasada vida. ¿Quién podria contar todas las acciones buenas que habeis hecho desde que entrásteis en el uso de la razon? Son tantas, que estoy por decir, que si las hubiéseis hecho todas con arreglo á las máximas que acabo de sentar, á estas horas todos seríais santos. Y no obstante, por haberlas hecho, unas estando privados de la gracia, otras por fines puramente humanos, otras en el tiempo, en el lugar, y del modo que Dios no queria, os hallais pobres, pobrísimos de méritos y de virtud. Deplorad estas pérdidas verdaderamente irreparables, y desde hoy comenzad á santificar todas vuestras acciones del modo que he dicho, seguros de que os bastarán para hacerlos santos, y obtener en el cielo la corona que Dios tiene prometida á la santidad. Amen.